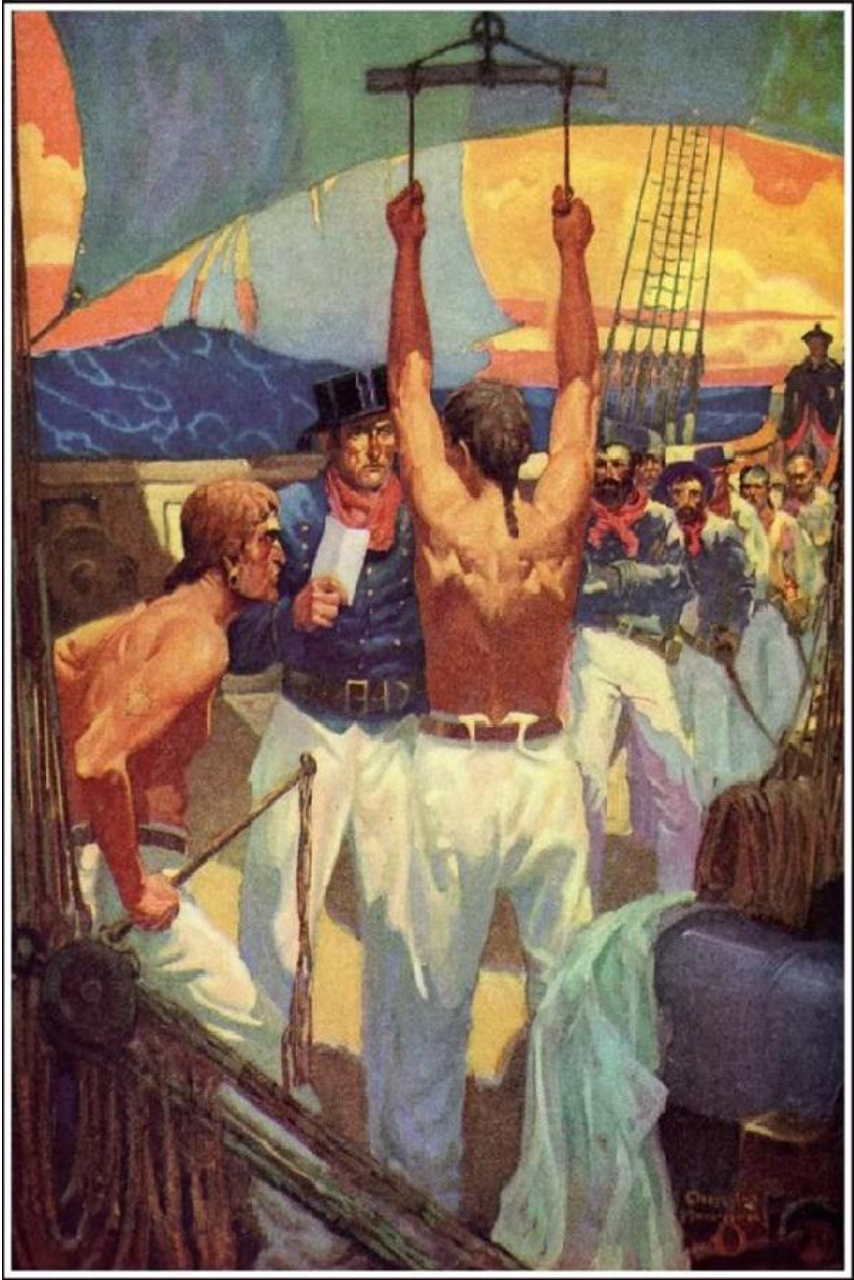


An illustration depicting a public execution on the deck of a sailing ship. A man is being hanged from a gallows. A man in a top hat and uniform stands by, holding a document. Other crew members are visible in the background. The scene is set against a backdrop of a large, multi-colored sail.

Nathaniel Hawthorne
EL RELATO
DE UN
CORSARIO YANQUI



El relato de un corsario yanqui es una obra póstuma de Nathaniel Hawthorne, prácticamente desconocida, pues, desde el momento de su aparición en 1926, nunca ha sido reeditada ni traducida. La vida del protagonista, un corsario yanqui de la guerra de 1812 contra Inglaterra, sus peripecias en el mar y en la prisión de Dartmoor conceden a esta obra un carácter a la vez documental y novelesco sumamente atractivo.



The Yarn of A Yankee Privateer

Edited By

**NATHANIEL
HAWTHORNE**



Introduction By

**CLIFFORD
SMYTH**

**FUNK & WAGNALLS COMPANY
NEW YORK AND LONDON
1926**

Portada de la primera edición de la obra

Nathaniel Hawthorne

EL RELATO

DE UN

CORSARIO YANQUI



INTRODUCCIÓN

ojas manuscritas amarilleadas por el tiempo, con la tinta desvaída a trechos, emborronadas con manchones y lagunas que delatan la incuria o la impaciencia del escritor... siempre hay algo fascinador; de mortificante enigma en estos mudos mensajeros del pasado. El romanticismo rodea a estos quebradizos tesoros que algún afortunado buscador de antigüedades rescata de olvidados archivos gubernamentales, o que surgen de algún escondrijo de literatura perdida, o que, mejor aún y más acorde con la tradición preceptiva en estos casos, aguardan ser descubiertos en algún mohoso baúl de piel, arrumbado hace siglos en el polvoriento desván de una vetusta mansión familiar. Vale la pena rebuscar en tales baúles y desvanes, pues de no hacerlo dejarían de proporcionar un muy fértil terreno para el novelista y el más o menos crédulo historiador. La célebre arca de Chatterton fue sin duda pergeñada por la fantasía de aquel malaventurado poeta y los manuscritos que salieron de ella, despojados de su pretendida autenticidad, son apreciados hoy día por su intrínseco valor literario. Pero de tiempo en tiempo ve la luz algún manuscrito de genuina y probada antigüedad, ya sea proveniente de los archivos administrativos, ya del olvidado camaranchón familiar. Y cuando ocurre puede resultar revelador de hechos históricos o amenos en tanto que nos da cuenta de las costumbres y formas de vida de nuestros antepasados.

Uno de tales manuscritos llegó a mis manos hace ya más de siete años. Me lo dio la Reverenda Madre Dominica

M. Alphonsa Lathrop (Rose Hawthorne Lathrop), hija de Nathaniel Hawthorne, tras haberlo descubierto entre otros muchos papeles familiares que guardaba desde que muchos años antes partiera de *The Wayside*, el solar familiar de los Hawthorne en Concord, Massachussets.

Un delicioso hallazgo a todas luces, y recuerdo vivamente la ansiedad con la que me abalancé sobre el manuscrito, con mis cinco sentidos alerta y aguzados para prepararme a todo género de descubrimientos, quedando sólo completamente confundido y chasqueado. Tampoco la Madre Alphonsa pudo proporcionar ninguna pista que pudiera ayudarme a conocer la naturaleza del escrito o la identidad de su redactor. Le había llegado junto con otros papeles y cartas de su padre, pero sin alusión o apunte alguno del que se pudiera inferir la autoría o al menos el asunto. Eso era todo: un viejo manuscrito sin título o nombre de autor, hallado entre los papeles de Hawthorne, sin que ni su hija ni yo pudiéramos dar con la explicación de por qué se encontraba allí.

El manuscrito estaba constituido por diecinueve folios cubiertos de apretada escritura por ambas caras. No estaban numerados y como el tiempo las había desordenado según era de esperar, resultó un auténtico rompecabezas chino colocarlas de nuevo en su secuencia de lectura. El puzzle acabó encajando y pude descubrir que el relato, pues de esto se trataba sin lugar a duda, se refería a ciertas experiencias del autor durante un viaje a la isla de Barbados. Por su aspecto material era obvio que las hojas habían sido arrancadas de un infolio en blanco, mientras que la presencia de grafías obsoletas, además del uso de la antigua *f* por la *s*, daban prueba suficiente de su respetable antigüedad.

Aparte de estas características externas del manuscrito, era patente que el autor describía acontecimientos en los que había participado. Más aún, se encontraba en Barbados como prisionero de guerra y su descripción de la vida

en la isla era producto de sus experiencias mientras estaba en libertad bajo palabra. Además, el relato era obra de un escritor de excelente formación, más que solvente en su elocución literaria, un carácter pronto a captar lo vivo y pintoresco tanto en las relaciones humanas como en el entorno al que la suerte y el avieso destino lo habían conducido. Como el manuscrito estaba dividido en capítulos encabezados por títulos descriptivos no se le podía considerar un diario. Por el contrario tenía todo el sabor de un libro de viajes y aventuras escrito por alguien familiarizado con el arte y oficio de escribir. ¿Pero quién era? Y, ¿por qué se había conservado tantos años entre los papeles de Hawthorne este enorme fragmento (el manuscrito comprendía entre ocho y diez mil palabras) entresacado de un libro?

La explicación más plausible era que alguien había copiado laboriosamente este largo pasaje de un libro de viajes favorito y se lo había dado a Hawthorne, ya para su placer, ya con algún fin literario más serio, y eso era todo lo que se podía concluir. Hace un siglo la gente parecía tener tiempo, y cierta manía, para copiar largos pasajes elegantes de los libros que les cautivaban y ésta era otra muestra de tan industriosa y loable costumbre. No podía yo imaginar de qué libro en particular podía provenir este primoroso pasaje. Con todo, estaba seguro de que algún día lo descubriría, y con tal sentimiento relegué el manuscrito, confiado en que el secreto sería desvelado a su tiempo.

Esto fue hace siete años. El manuscrito de Barbados acumulaba el polvo del olvido. Yo había llegado a olvidarme de su existencia. Entonces ocurrió algo inesperado.

Cierto caballero, el Sr. Albert Mordell, a quien nunca había visto y que no podía conocer en absoluto mi conexión con Hawthorne o con uno de sus manuscritos, vino a visitarme con una interesante información: había descubierto en los archivos de una revista extinta hacía mucho y ya olvidada un libro inédito de Nathaniel Hawthorne. Como prueba de su afirmación me mostró dos volúmenes encuadernados

de *The United States Magazine and Democratic Review*, una publicación mensual, según pude saber, dirigida por Thomas Prentice Kettell y editada en el número 142 de Fulton Street, Nueva York. Ambos volúmenes comprendían el año de 1846. Las colaboraciones que habían llamado la atención del Sr. Mordell resultaron ser una serie de siete entregas que se iniciaba en el número de Enero y finalizaba en el de Septiembre. El título genérico dado al serial era Papeles de un Viejo Prisionero de Dartmoor, editados por Nathaniel Hawthorne. Como no aparecía más nombre que el de Hawthorne en conexión con estos papeles, la hipótesis del Sr. Mordell sobre la autoría parecía muy aceptable.

Un libro inédito de Hawthorne no es cosa que se encuentre todos los días, así que me llevé a casa los tomos de la vieja revista con manifiesto entusiasmo. Entonces ocurrió lo más sorprendente, una de las más extrañas coincidencias que jamás he hallado en los anales de la literatura. Apenas había leído un par de páginas de los Papeles cuando me vino a la mente como un relámpago aquel pintoresco viejo manuscrito sobre Barbados que siete años antes había relegado a una gaveta de mi escritorio. Tenía ante mis ojos los mismos rasgos de estilo, la misma atmósfera relajada y despaciosa, idéntico amor por la aventura. Prestamente busqué el lugar donde esperaba encontrar el pasaje elegante, el fragmento de Barbados, de los viajes del ignoto marinero. Y entonces todo el misterio se aclaró. Mi manuscrito encajaba a la perfección tras el capítulo V de la serie Papeles de un Viejo Prisionero de Dartmoor en la *Democratic Review*, pero había permanecido inédito. Tras un examen atento comprobé que su extensión se correspondía con la de una entrega de la serie, y había sido reunido y guardado con tal fin. Sin embargo alguna circunstancia debió impedir su publicación y por tanto toda la experiencia de Barbados tuvo que ser excluida. Por aquel entonces Hawthorne se mudó con su mujer y su hijita Una desde Old Manse, su primer hogar en Concord, a Salem, para vivir con su madre, y

no es improbable, me dije a manera de explicación, que con las prisas y la confusión propios de tales empresas en aquellos lejanos días, la entrega en cuestión se traspapelara y la que le seguía fuera enviada urgentemente en su lugar. Posteriormente habría sido encontrada y guardada con esmero, inferí, en espera de la publicación en forma de libro que sin duda estaba prevista para el relato completo, una vez finalizada su publicación serial en la *Democratic Review*. Pero la edición fue postergada por alguna razón hasta el día de hoy, en que la serie y su extenso añadido manuscrito hacen su primera aparición juntos en el presente volumen.

En cuanto a la autoría, esta narración de un prisionero de Dartmoor no es bajo ningún concepto obra de Nathaniel Hawthorne. Éste tenía ocho años en 1812 y difícilmente se le puede presumir sirviendo como oficial a bordo de un corsario durante la Guerra de 1812, y mucho menos haber sufrido reclusión en aquel tiempo, primero en Barbados y luego en la célebre Prisión de Dartmoor, en Inglaterra. Por si quedara alguna duda, el manuscrito de la parte hasta ahora inédita aporta pruebas concluyentes, pues está claro que no se trata de la escritura de Hawthorne.

¿Quién era entonces el desconocido escritor? La historia en sí conlleva buenos motivos para mantener el anonimato, ya que se permite críticas y alusiones —aunque sin mencionar nombres— a personas que intervinieron en la Guerra de 1812, y que no habrían sido posibles de conocerse la identidad del autor. El propio Hawthorne, que pertenecía a una familia de marineros y que debió entrar en contacto en muchas ocasiones con decenas de viejos marinos cuyas consejas eran dignas de atención, era el hombre más indicado para recoger tal manuscrito ya de un pariente aventurero ya de algún camarada de Salem que poseyera, además del innato arte del narrador, el talento de escribir. Sin duda en la época en que se publicó por entregas, en 1846, habría en Salem quienes pudieran adivinar sin dificultad a quién pertenecían estos Papeles que su joven conciuda-

dano Nat Hawthorne, el hijo del viejo Capitán Nathaniel Hawthorne, andaba publicando. Pero tal atribución, si alguna vez existió, no ha llegado hasta nosotros.

Afortunadamente, sin embargo, todavía sobrevive una prima de Hawthorne, la Srta. Rebecca Manning, en la casa familiar de Dearborn Street, en Salem. Siendo así que la Srta. Manning cuenta con noventa y un años de edad, ha vivido siempre en Salem y está dotada de una notable memoria, el siguiente testimonio, que recibí en respuesta de una consulta sobre la posible autoría del presente libro, es de palmario valor: «La abuela de Hawthorne, Miriam (Lord) Manning, tenía un hermano, John Lord, que fue hecho prisionero por los británicos y recluido en la prisión de Dartmoor». Si bien la Srta. Manning añade que jamás escuchó nada sobre unos papeles relacionados con John Lord, y que de haber existido probablemente lo habría sabido, no podemos soslayar que es más que probable que este tío abuelo de Hawthorne sea el autor de El Relato de un Corsario Yanqui, cuya azarosa historia alcanza su ápice en la prisión de Dartmoor.

Dejando aparte el atractivo misterio, el singular interés literario que se une a este libro, tenemos ante todo en él, además de un extraordinario relato de viaje y aventuras, un notable documento de primera mano que ilustra en profundidad un gran periodo histórico hasta ahora carente de este género de fuentes. La Guerra de 1812 vio a los últimos corsarios de épocas pasadas y sus peculiares métodos de contienda naval. Hoy día lo llamaríamos simplemente piratería. Pero en aquella circunstancia en que el desconocido Corsario Yanqui relata sus experiencias no era en absoluto ilegal perseguir, abordar, saquear y echar a pique cualquier nave que arbolara el pabellón enemigo y acertara a cruzarse con estos intrépidos mercantes armados de los Estados Unidos. Saboreando estas páginas aventureras, impregnadas de sal, del tal John Lord, o de quien sea, nos vemos devueltos a los viejos tiempos de los bucaneros, cuando

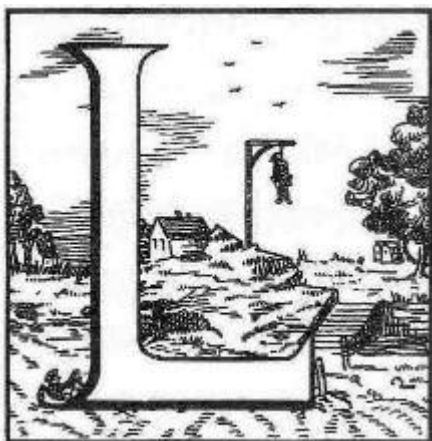
Drake y Morgan esquilmbaban el Dominio Hispano. Hay el mismo género de existencia despreocupada y temeraria, el mismo trasegar pantagruélico, las mismas tretas y felices extravagancias propias de Brobdingnag; en fin todo lo que es la en un día y la gracia de un buen relato de aventuras. Sólo que en este caso se trata de una historia verídica, la narración novelesca se hace realidad y, quizás por primera vez, tenemos la crónica veraz y cotidiana de aquellos lejanos corsarios yanquis, con todos sus arriscados lances, sus derrotas, sus victorias, su juego y su lucha; hechos que nos hablan elocuentes del espíritu impetuoso y magnos logros que ayudaron a establecer la república americana en aquellos gloriosos días de tempranos peligros y triunfos.

Vale la pena anotar, desde el punto de vista histórico, que la Prisión de Dartmoor, donde se desarrolla gran parte de la acción del relato, fue construida por el gobierno inglés en Devonshire, Inglaterra, en 1809 para confinar a los prisioneros de guerra franceses y luego americanos. Durante la Guerra de 1812 llegó a albergar hasta nueve mil prisioneros de guerra al mismo tiempo, además de un gran contingente del ejército inglés. En 1850 el primitivo edificio fue sustituido por el actual, pero todavía cumple la misma función que cuando fue levantado por vez primera y ocupado por prisioneros americanos, y es en nuestros días la más célebre y mayor de las instituciones penitenciarias de Inglaterra.

CLIFFORD SMYTH

CAPÍTULO I

PRIMERA SALIDA AL MAR



A Guerra de 1812 sorprendió al autor de este relato, a quien todavía le faltaban varios años para alcanzar la edad adulta, teniendo que depender de sí mismo para mantenerse, pero falto de empleo y desprovisto de todo recurso. Como residía en una ciudad portuaria que había visto suspendido su tráfico a causa de la

guerra, pudo observar cómo los comerciantes convertían sus hasta entonces pacíficos buques en corsarios y cómo, uno tras otro, sus jóvenes camaradas abandonaban sus tranquilas ocupaciones y se embarcaban en ellos con la esperanza de medrar. Aunque no sentía especial inclinación por la vida marinera y además poseía una constitución anormalmente reducida y endeble, no pudo vislumbrar otra oportunidad de ganarse su sustento en aquel general marasmo de las artes de la paz como no fuera obtener un puesto de acuerdo con sus facultades físicas a bordo de algún corsario. No era empresa fácil, pues las plazas más leves eran generalmente codiciadas por los parientes y amigos de los armadores y de la oficialidad, llamados por los

marineros «*los primos del barco*», y al autor le faltaba este género de padrinos.

Con todo, acabó por presentarse una buena ocasión. Un antiguo buque mercante estaba siendo aparejado para convertirse en corsario y el cirujano me ofreció el cargo de ayudante, aunque mi única calificación para el oficio era un conocimiento superficial de la mixtura de remedios; pero, como luego se demostraría, con esto bastaba, pues el cirujano no tuvo oportunidad durante la navegación de mostrar sus capacidades, ni tampoco yo mi disposición a ayudarlo.

Nuestro barco era excelente y muy a propósito para la empresa a la que se le destinaba, su artillería era eficaz, estando compuesta de dieciséis largos cañones de a seis, y su tripulación completa ascendía a ciento cuarenta hombres, en su mayoría buenos marinos y de categoría preferente. Los oficiales habían sido seleccionados por sus conocimientos de navegación o por su fama de valentía.

Así equipados y pertrechados, largamos velas en nuestro puerto hacia mediados de Septiembre de 1812, con buena brisa y animo alegre, tomando la derrota del sur, pues nuestro designio era corsear junto a la costa brasileña. Llevábamos ya unos veinte días en el mar sin avistar un solo barco desde que dejamos la costa americana, cuando una mañana hacia las diez se oyó la voz desde la cofa de trinquete que anunciaba la aparición de una vela. Todos los hombres ocuparon sus puestos, se largó todo el trapo y tomarnos posición para atacar al incierto navío, que según informó nuestro teniente, quien había subido al mastelero con un catalejo, era un bergantín con rumbo nordeste.

Todo era excitación y los hombres consideraban la posibilidad de una presa, calculando ya su parte en el botín. Se aprestaron los cañones con carga doble, se prendieron las mechas; el artillero y sus ayudantes estaban en la santabárbara, los hombres apostados, y todo a bordo presentaba un aspecto beligerante en extremo. Mi lugar estaba junto al cirujano en la cámara principal, que nos servía de enferme-

ría, y tras sacar del botiquín unos rollos de venda y emplastos, además del torniquete y el instrumental para amputar, y colocarlos en orden, subí a cubierta para seguir el desarrollo de la persecución.

Sería ya la una y el bergantín era claramente visible desde cubierta, pero el viento era débil y todavía quedaba muy lejos. Era obvio que se trataba de un barco inglés y, al decir de aquellos que conocían el asunto, un mercante cargado hasta los topes. Nuestro barco ondeaba el pabellón inglés, sin embargo el bergantín no arbolaba ninguno; nuestros oficiales vestían uniformes ingleses y los infantes de marina casacas rojas. El capitán dio orden de empuñar los remos y todos los brazos se aplicaron ansiosos de propulsar la nave al encuentro de la codiciada presa.

Pronto alcanzamos al bergantín, que a las cinco izó el pabellón inglés. Pudimos observar que estaba provisto de varios cañones en una de las bandas, pero su tripulación era escasa. En dos horas más nos situamos a tiro y ordenamos al bergantín ponerse en facha, pero su capitán no se sometió a la orden y le lanzamos un cañonazo al tajar, a lo que el furibundo britano respondió sin miramientos. Entonces disparamos una andanada de toda nuestra batería, pero aquél estaba dispuesto a morir luchando y nos la devolvió. Como era un combate desigual, en unos cuatro minutos el enemigo fue silenciado. Ordenamos al capitán que arriara su bote y viniera a nuestro encuentro, a lo que obedeció sin tardanza. Resultó ser una nave de Pernambuco con rumbo a Londres, con una valiosa carga de algodón, azúcar y palo de tinte, y sus oficiales ignoraban que se hubiera declarado la guerra entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Trasladamos a la tripulación a bordo de nuestro barco y enviamos el suyo a nuestra ciudad a cargo de un patrón de presa y siete hombres que arribaron allá con bien.

Esta captura insufló nueva vida y ánimos a nuestra gente, y todos hablábamos y pensábamos en presas y fortunas